

Aprovecho, pues, la ocasión para proclamar que la alta potencia de reflexión se emplea y se aprovecha de un modo más activo en el modesto juego de damas que en el laborioso y fútil del ajedrez. En este último juego, cuyas piezas han de moverse diversamente y de manera complicada, y cuyo valor es distinto, se toma su complejidad por profundidad, error muy común por otra parte. La atención entra en juego de un modo extraordinario, con una potencia de intensidad abrumadora. Una distracción, un descuido significa la pérdida de una pieza, quizás una derrota. Como los movimientos posibles son no solamente variados, sino desiguales en *potencia*, las probabilidades de semejantes errores son múltiples, y en el 99 por 100 de los casos es el jugador más atento y no el más hábil el que gana. Por el contrario, en el juego de damas, el movimiento es sencillísimo y no experimenta variaciones apreciables; de aquí que las probabilidades de descuido sean mucho menores; no estando la atención acaparada por completo, todas las ventajas están de parte del más perspicaz.

* * *

Mi amigo Ellison disfrutó hasta su muerte de vida próspera. Y no utilizo esta última frase en su acepción esencialmente mundana. La persona a que me refiero parecía creada para simbolizar las doctrinas de Angot, de Pine, de Priestley y de Condorcet, para servir de ejemplo a lo que ha dado en llamarse el sueño ideal de los *perfeccionistas*. En la corta existencia de Ellison paréceme ver la negación del dogma según el cual hay en la naturaleza misma del hombre un principio misterioso enemigo de la felicidad. El estudio detenido de los accidentes de su vida me ha demostrado que los sufrimientos de la especie tienen su origen generalmente en la violación de algunas simples leyes de la humanidad (la especie posee elementos de satisfacción, de gozo que no utiliza) y que hasta en estos tiempos de negruras y de diversidad de opiniones acerca de la gran cuestión social, no sería del todo imposible que el hombre considerado individualmente pudiera ser dicho-

so en determinadas e imprevistas circunstancias.

Mi joven amigo tenía también muy arraigadas estas mismas opiniones: no estará de más hacer observar que la felicidad que nunca le abandonó y fue, por decirlo así, la nota característica de su vida, fue en parte la resultante de un método concebido de antemano, positivo hasta la evidencia, que si M. Ellison no hubiera tenido tanta filosofía instintiva—que en muchos casos suple a la experiencia—su misma suerte, verdaderamente extraordinaria, lo hubiese precipitado en el torbellino donde bullen los hombres que, aun siéndoles propicia la fortuna, no hallaron la felicidad. Pero no me propongo hacer un estudio acerca de esto.

El concepto que de ella tenía mi amigo se puede condensar en pocas palabras: sólo admitía como fundamento cuatro principios, o mejor dicho, cuatro condiciones elementales para ser feliz. Para él lo principal estriba, aunque parezca raro, en la vida campestre. "La salud que puede obtenerse por otros medios que los que proporciona la vida del campo—decía e este propósito—apenas merece esta denominación." Para confirmar su aserto citaba a los cazadores de zorras y designaba a los labradores, únicos que a su juicio constituían los seres verdaderamente felices de la humanidad. La segunda condición se refería al amor por la mujer; la tercera, y la más difícil de poseer, a la carencia absoluta de ambición; y la cuarta y última a perseverar en el cumplimiento de las anteriores, según afirmaba, pues que de ella depende proporcionalmente el mayor o menor grado de felicidad.

* * *

Poco puedo decir de mi patria ni de mi linaje. Las desgracias y la edad me han hecho extraño a ambos. Mi patrimonio me hizo disfrutar de una educación poco común, y una aptitud especial me permitió ordenar metódicamente todo el material de instrucción que un estudio maduro me proporcionó. Entre todo, lo que más me deleitaba eran las obras de los filósofos alemanes; no porque me admirara su elocuencia, sino por el agrado con que, dada mi afición al estudio ana-